



La entrevista del «Campo de la tela de oro»

á los alemanes, ni en el monje Lutero. No vió en el Evangelio reformado el obstáculo principal para sus ambiciosos proyectos, y creyendo que había hecho bastante con desterrar del Imperio á un adversario que no tenía más armas que su palabra, estuvo ausente de Alemania cerca de diez años. Carlos V, como los Césares germánicos de la Edad Media, pensaba que la dignidad imperial iniciada en Alemania se completaba en Italia. En su opinión, el emperador era, más que soberano de Alemania, el árbitro y defensor de la cristiandad, el monarca universal obligado por la tradición antigua á erigir á Italia en el centro de su poderío. Si algo podía disculpar la desmesurada ambición y los sueños quiméricos del nuevo emperador, era seguramente la prodigiosa fortuna de su casa. En cuatro años, el representante de los Austria había adquirido un imperio donde «no se ponía el sol». Apenas contaba veintiún años de edad y ofrecíasele un amplio porvenir, que pensaba aprovechar para conquistar otras tierras. En su escudo se leía este nuevo lema: *Plus Ultra*.

BATALLA DE LA BICOCA.—Cada uno de los dos soberanos rivales, en el inevitable conflicto que se avecinaba, huía con sumo cuidado el papel de agresor.

Francisco I creía disponer del concurso de Enrique VIII y del apoyo del papa. León X había aceptado un proyecto de conquista y reparto del reino de Nápoles, que le hubiera favorecido tanto como á Enrique, segundo hijo de Francisco I. El rey lanzó contra España y Alemania á dos enemigos oriundos de aquellos países. En los Pirineos, Enrique de Albret, rey de Navarra, sorprendió fácilmente á Saint-Jean-Pied-de-Port, y entró en Pamplona. Lesparre, que mandaba el ejército navarro, atacó á Casti-

lla demasiado tarde para salvar á los Comuneros. Rechazado al llegar á Logroño, fué vencido y preso por el almirante de Castilla en la batalla de Esquiros (30 de Junio de 1521).

En la frontera de Alemania, Roberto de la Marck desafió á Carlos V en plena dieta de Worms. Francisco desautorizó á Roberto, que desanimado ya, hizo las paces por mediación de Frantz de Sickingen.

Enrique VIII ofreció entonces su engañoso arbitraje en las conferencias de Calais, donde no supo disimular su parcialidad por el emperador. Entretanto, el ejército imperial, vencedor de Roberto de la Marck, atacaba la frontera de Champaña. El duque de Alençon fué á su encuentro, proporcionando á Carlos V la ocasión de proclamar que el rey de Francia empezaba la guerra.

Este acontecimiento regocijó al emperador, que planteó el siguiente dilema, precursor de la saña con que habían de librarse los futuros combates: «En breve tiempo seré un pobre emperador ó él será un pobre rey.» La brillante defensa de Mezières por Bayardo y la entrada de Francisco I con Borbón y Alençon en Flandes, parecieron desmentir estas palabras de Carlos V, que estuvo á punto de ser sorprendido junto á los muros de Valenciennes (Agosto de 1521).

En Italia León X, sumando sus tropas al ejército imperial, anexionó á Parma y Piacenza á los Estados de la Iglesia, falleciendo á consecuencia de la alegría que le produjo esta conquista (1.º de Diciembre de 1521). Lautrec, careciendo de dinero, perdió la ciudad de Milán, que abrió sus puertas al capitán español Pescara. No obstante, el mariscal francés sostúvose aún en el campo con un ejército formidable, pero la impaciencia de los suizos, que reclamaban «dinero, licenciamiento ó batalla», le obligó á atacar la posición inexpugnable de la Bicoca, arrastrándole á una derrota que aniquiló su ejército (27 de Abril de 1522). El dinero que los suizos exigían tan imperiosamente estaba á poca distancia, custodiado por una pequeña escolta que había logrado franquear los Alpes, pero que no podía avanzar más. No cabe atribuir, pues, la pérdida del

Milanesado, ni á la codicia de Luisa de Saboya ni á los despilfarros de Semblançay. Ni la reina madre ni el «general de la Hacienda» dispusieron del dinero destinado á las tropas de Italia.

Un mes después de aquella derrota (29 de Mayo de 1522), Inglaterra se había convertido de árbitro en enemigo. Desde largo tiempo atrás Enrique VIII y su ministro el cardenal Wolsey se inclinaban á favor de Carlos V. Aunque el prelado inglés no había obtenido el premio que se le ofreciera por aquella alianza, porque el cónclave de 9 de Enero de 1522 prefirió al cardenal Adriano de Utrecht, las conferencias de Calais resultaron favorables, como era de suponer, á un acuerdo contra Francia. El único acontecimiento consolador para este país fué precisamente la elección pontificia, que elevando al solio papal al antiguo preceptor de Carlos V, hizo prevalecer con Adriano VI la acción pacificadora y equitativa de un pontífice virtuoso sobre la tradición belicosa ó política de un Julio II ó de un León X.

EL CONDESTABLE DE BORBÓN.—La actitud de Inglaterra era la amenaza más grave dirigida contra Francia. Un ataque concertado entre Enrique VIII y Carlos V contra Picardía y Guyena se complicó presto con una maquinación contra Francisco I. Mientras que éste pensaba sólo en preparar la



La entrevista del «Campo de la tela de oro» (Bajo relieve del hotel Bourgtherould en Ruán)

expedición que debía restituirle el Milanesado, los dos soberanos extranjeros y un vasallo rebelde llegaban á un acuerdo para hacer desaparecer al monarca y desmembrar á Francia. El rey de Inglaterra había encontrado un nuevo duque de Borgoña en el condestable de Borbón, que exageró sus servicios y sus agravios.

La carrera militar del duque Carlos de Borbón empezó en la batalla de Agnadel y continuó en la de Marignán. Tanto él como los suyos pretendieron atribuirle todo el mérito de aquellas acciones, que, en su opinión, nunca resultaron bastante pagadas. En tiempo de Luis XII se consideró postergado á Gastón de Foix, y en la corte de Francisco I haciale sombra la privanza del almirante Bonnivet. Capitán valiente más bien que hábil, impulsivo y envidioso, Borbón era tan débil como soberbio. Un ventajoso casamiento erigió al infeliz Carlos de Montpensier en jefe de la última casa principesca de Francia, que continuaba siendo en el reino una potencia feudal. Su unión con Susana, hija y única heredera del duque Pedro y de Ana de Beaujeu, le permitió reunir la mayor parte de los feudos de la familia de Borbón. Poseía en el centro de Francia estados compactos, cuyo centro era el Borbonesado, y cuyos extremos llegaban desde Dombes á la Marche y desde Gien junto al Loira, á Carlat, en Auvernia. No obstante, esta herencia llegó á manos del condestable muy hipotecada en favor de la corona. La realeza, queriendo resarcirse de la protección dispensada á los duques de Borbón, sometió sus bienes á la ley de los patrimonios. En caso de extinción de herederos varones de la rama mayor de Borbón, sus principales feudos debían volver á la corona. La primera excepción de esta ley se dictó precisa-



Francisco I en el «Campo de la tela de oro» (Detalle del bajo relieve de Ruán)

mente en favor de Carlos, pero éste comprendía que al morir su mujer, de quien no tuvo más que un heredero que murió á muy tierna edad, los derechos de la corona estarían de nuevo en vigor, tanto más cuanto que el fallecimiento de Susana facilitaríala reclamaciones de Luisa de Saboya, sobrina de Pedro de Beaujeu. Esta idea atormentaba al condestable, que, según decía, no se conformaría nunca con verse reducido á la condición de simple caballero. Es posible que, acosado por el temor de aquella decadencia material, cediera á pérfidos consejos. Atribúyese á Ana de Beaujeu, moribunda, el siguiente juicio: «Considerad—observó á su yerno—que esta casa de Borbón ha estado emparentada con la de Borgoña, y que mientras duró el parentesco ha florecido y prosperado.» Carlos de Borbón no había aguardado la suprema recomendación de Ana de Beaujeu para dirigir sus codicias á la casa de Borgoña, transformada en casa de Austria. Ambicionando ceñir una corona, aspiraba desde 1520 á la mano de Leonor, hermana de Carlos V. Francisco I no ignoraba las negociaciones entabladas entre el emperador y el condestable. Así, poco antes de combatir con Carlos V junto á los muros de Valenciennes, el monarca francés relevó al condestable del mando de la vanguardia. Borbón dijo que aquel día el rey le había despojado de la espada de condestable.

TRAICIÓN DEL CONDESTABLE.—Su traición no estaba consumada por completo cuando Luisa de Saboya y la corona le demandaron ante el Parlamento (1522). No obstante las consideraciones de los magistrados, que llevaron el procedimiento con gran lentitud y no dictaron sentencia de confiscación hasta después de la fuga del condestable, éste se entregó totalmente á las sugerencias de Carlos V. El emperador, por mediación de Beauvain, su embajador, determinó á Borbón á tratar con el rey de Inglaterra del reparto de Francia. Enrique VIII, renovando las pretensiones de los Plantagenets, debía hacerse coronar en París, y Borbón fundaría en el Este y en el Centro de Francia un nuevo reino de Arlés. También correría á cargo del condestable apoderarse de Francisco I. Pero había extendido demasiado sus

intrigas: Luis de Brezé, senescal de Normandía, descubrió la maquinación y avisó al rey. Desde entonces se vigiló muy de cerca á Borbón, que apremiado por Francisco I para que se reuniese con el ejército en Lyon, no vió salvación más que en la fuga. Acompañado por tres caballeros atravesó el Delfinado, internándose en el Franco Condado. La fuga del condestable libró á Francia de todo peligro serio de desmembramiento (Septiembre de 1523).

INVASIÓN DE LOS IMPERIALES EN PROVENZA.—Francisco I, aterrado por la traición del condestable, creyó en una vasta conspiración de la nobleza contra el reino, y permaneció en Lyon para buscar mejor y castigar á los cómplices de Borbón. Reconvinó al Parlamento, censurando su tibieza en las sentencias y en los castigos. Al mismo tiempo debía luchar contra tres invasiones en Francia. Doce mil lansquenets reunidos en el Franco-Condado, no aguardaban más que la llegada de Borbón para invadir á Borgoña. Los ingleses entraron en Picardía y lanzaron á su vanguardia por el valle del Oise, hasta once leguas de París, y los españoles atravesaron los montes de Navarra. Aquellos diversos ataques fueron rechazados prontamente, pero el rey no pudo llevar más allá de los Alpes el ejército que había juntado y confió al almirante Bonnivet la misión de reconquistar el Milanésado. Bonnivet sorprendió á los imperiales, inferiores en número y mal resguardados, en la ciudad de Milán. Su lentitud permitió al enemigo fortificarse y recibir los refuerzos llevados por Lannoy, Pescara y Borbón. Los franceses, reducidos á la defensiva y corriendo el peligro de ser arrollados después de la sorpresa nocturna de Abbiate Grasso (Biagrasso), emprendieron la retirada (Marzo de 1524). Intentaron detenerse en Novara, en los confines del Piamonte, pero las fiebres y la escasez de víveres los lanzaron de allí. Al pasar el Sesia, hacia Romagnano, Bonnivet fué herido de un arcabuzazo en un brazo. Otro disparo hirió mortalmente á Bayardo, que le había sustituido en el mando de la retirada. El enemigo seguía tan de cerca á los franceses fugitivos, que el caballero sin miedo y sin tacha, al morir vió

pasar á Borbón y pudo apostrofar al traidor rechazando su piedad y sus elogios (30 de Abril de 1524).

El ejército francés se dispersó á través de los Alpes. Ante los imperiales victoriosos abriase un nuevo camino de invasión. Carlos V autorizó á Borbón para que penetrara en Provenza, desguarnecida de tropas. El condestable jactábase de ser popular en aquella región, cuya conquista, según él, sería fácil y exclusivamente obra suya; después subiría por el valle del Ródano y Lyon hasta París. Hizo compartir su quimérica esperanza al rey de Inglaterra, apremiándole á reanudar su campaña en Picardía. Borbón renovaba la guerra de los Cien años. Sentando las bases de un segundo acuerdo con el embajador inglés Ricardo Pace, llamaba á Enrique VIII «nuestro común señor» y juraba no entrar en Francia más que para coronar en París «á su gracia el rey» (Junio de 1524).



Medalla de Francisco I, por Benvenuto Cellini

El plan de Borbón fracasó desde el primer momento ante la abnegación de la ciudad de Marsella, cuyos habitantes sostuvieron un sitio de un mes (Agosto-Septiembre de 1524), quemaron sus arrabales y reconstruyeron las murallas medio derruidas por los cañonazos. Hasta las mujeres intervinieron en las obras de defensa, levantando detrás de la brecha el *baluarte de las damas*. La escuadra real abastecía por mar, y cerca de Aviñón se formaba un ejército real para socorrerlos. El marqués de Pescara, que poseía la confianza de Carlos V, obligó á Borbón á levantar el sitio. Era demasiado tarde para salvar al ejército imperial. Los campesinos provenzales, precediendo á los soldados de Francisco I, hostigaban á los enemigos para vengarse de la ruina de su provincia.

El general del emperador, á pesar de su vigilancia y severidad, no pudo evitar la

dispersión de sus tropas ni ocultar á los italianos la magnitud del desastre. En las calles de Roma aparecieron pasquines que decían: «Se ha perdido un ejército en las montañas de Génova». Cuando Francisco I se internó en la Lombardía persiguiendo á los imperiales, encontró á los italianos en una actitud mucho más favorable para Francia.

El papa Adriano VI fué sustituido el 19 de Noviembre de 1523 por el cardenal Julio de Médicis, promovido al Pontificado con el nombre de Clemente VII por la mayoría de los cardenales partidarios del imperio. Los reveses de Carlos V hicieron creer al papa que podría erigirse en árbitro de la paz, pero

como á todo anteponía los intereses de su familia, puso secretamente á Roma y á Florencia bajo la protección de Francisco I. Venecia se alió con el rey.

BATALLA DE PAVIA.—Milán abrió sus puertas á los france-

ses, y los restos del ejército imperial se encerraron en cinco plazas sitas en los últimos extremos del ducado. El capitán español Antonio de Leiva se encargó de defender á Pavia, cercada inmediatamente por Francisco I. El sitio se prolongó cuatro meses, y ya estaban á punto de rendirse los heroicos sitiados, faltos en absoluto de recursos, cuando acudieron en su auxilio Borbón, Pescara y Lannoy, virrey de Nápoles, al frente de un numeroso ejército. En cierto modo, Francisco se vió sitiado á su vez, y se atrincheró en el parque de Mirabelle, donde los viejos capitanes La Tremoille y La Palice le aconsejaron que permaneciera hasta que el hambre dispersase á los imperiales; pero Bonnivet y Montmorency querían guerrear «á banderas desplegadas» como debía suceder, según decía el segundo, cuando «un rey tan valiente acaudillaba las tropas». Francisco I formó á su ejército en

orden de batalla, á la par que en la mañana del 24 de Febrero de 1525 entraba Pescara en el parque de Mirabello para avanzar sobre Pavía. Los imperiales desfilaron bajo el fuego de la artillería, que hacía «volar cabezas y brazos». Detuviéronse, y entonces el rey de Francia cargó al frente de su nobleza. La gendarmería francesa se puso delante de la artillería, y los imperiales tomaron la ofensiva envolviendo á la caballería del monarca. Parte de las tropas francesas huyó con el duque de Alençon. Francisco I se obstinaba en seguir luchando. Bonivet y La Tremoille perecieron á su lado. Por fin el rey, herido dos veces, entregó su espada á Lannoy. En menos de dos horas había cambiado por completo la suerte de la guerra. Cautivo en su propio campo, Francisco I anunció su derrota á su madre Luisa de Saboya, á quien había encargado de la regencia, diciéndola: «Todo se ha perdido, menos el honor y la vida.» La nación entera vistió de luto; se anatematizó á cuantos habían huído de la batalla, y el duque de Alençon murió de pesar.

CAUTIVERIO DEL REY; TRATADO DE MADRID.—El rey cautivo estaba en poder de Carlos V como en rehenes del reino. Francia, paralizada en su defensa, necesitaba más aliados que nunca. No obstante, los primeros años de la guerra habían demostrado que aunque esta nación no sostenía la superioridad en los lejanos campos de batalla,

tampoco se dejaba vencer por la invasión.

Ya se podía prever que las guerras de Italia no reservaban conquistas á los franceses, pero que serían constantemente rechazadas las tentativas de desmembramiento del territorio francés. Había llegado la hora de renunciar á las antiguas pretensiones, á las añejas tradiciones políticas. Luisa de Saboya y Enrique VIII tuvieron el mérito

de inaugurar entre Francia é Inglaterra una política moderna, desligada en absoluto de los rencores y amiliciones derivados de la guerra de los Cien Años.

Cuando el monarca inglés recibió la noticia de la brillante victoria de su aliado en Pavía, dispuso festejos é iluminaciones en Londres. Pero al mismo tiempo el cardenal Wolsey, de acuerdo con su soberano, ocultaba la presencia de dos embajadores franceses en la capital del Tá-

mesis. Luisa de Saboya, apenas recibió los poderes de regente, decidió recobrar la amistad de Enrique VIII, entablando en seguida las oportunas negociaciones en el terreno más favorable, que era el de un arreglo pecuniario. La alianza con Carlos V había costado repetidas veces á Enrique VIII importantes subsidios, y en cambio la unión con Francia le ofrecía un lucro considerable. Por eso, después de haber anunciado ruidosamente una expedición contra Francia y haber adquirido la prueba palmaria de que el emperador no secundaría espléndidamente los preparativos militares de In-



Francisco I, por Clouet

glaterra, Enrique VIII y su ministro rectificaron secretamente los anteriores acuerdos, conferenciando de nuevo con los enviados de la regente de Francia, Juan Joaquín Passano y Brinón, presidente de Ruán, despedidos oficialmente al recibirse la noticia de la batalla de Pavía. Del 22 de Junio al 30 de Agosto de 1525 se deliberó y firmó el *Tratado de la obligación*.

Francia suscribía en favor de Enrique VIII

bien ostentar la divisa: «El dueño es quien yo defienda», ya que se disponía á arrancar á Carlos V las ventajas de su victoria. Luisa de Saboya, en su dolor maternal, no se satisfizo con el aliado que acababa de adquirir é invocó al sultán como árbitro del litigio entre Francia y la casa de Austria (1). Aunque la alianza con los turcos fuese muy eficaz, debía necesariamente lanzar sobre Francia un descrédito perjudicial para su



Batalla de Pavía.—Francisco I entregando su espada (De un grabado antiguo)

una deuda de dos millones de coronas, pagadera por anualidades de 100.000 escudos, y en la cual se incluían las precedentes obligaciones que aún no había satisfecho. En el pacto no se olvidó á la princesa María de Inglaterra, antigua reina de Francia, ni al mismo Wolsey. Los tribunales soberanos, los principales Estados provinciales y nueve grandes ciudades del reino (á las cuales desagradó extraordinariamente aquella responsabilidad) debieron garantizar la solvencia del rey de Francia. Enrique VIII pudo muy

causa. Hasta las mismas derrotas que Solimán el Magnífico obtendría en breve contra la casa de Austria, encontrarían cierta compensación en un aumento de grandeza moral que toda la cristiandad reconoció á Carlos V.

Francisco I fué prisionero del emperador durante un año; tan larga duración agravó su cautiverio. En Italia—donde estuvo al principio en la fortaleza de Pizzighettone—fué tratado con grandes miramientos por el

(1) Respecto á las relaciones de Francia con los turcos, véase el cap. XIX.

virrey Lannoy, que deseaba sinceramente la paz. Conducido á España, donde Carlos V se negó á verle, se le encerró en el torreón de un castillo de Madrid. Una estancia grande y triste, con una sola ventana enrejada, debía ser durante largos meses la morada de aquel soberano, tan aficionado á multiplicar y variar sus lujosos palacios. La inacción y el pesar acarrearón al rey una enfermedad que parecía mortal. Carlos V se apresuró á consolar á su prisionero, concediendo autorización para que le acompañara la persona que mejor podía aliviar su triste situación: hemos nombrado á Margarita de Valois, que fué también la primera negociadora del tratado de Madrid. Á pesar del interés que le inspiraba su cautivo, el emperador no quería prescindir de ninguna de sus exigencias y reclamaba la entrega de Borgoña. Francisco I empezó por indignarse contra la imposición de ceder una provincia para recobrar la libertad, y declarando que prefería la cárcel, despachó á Montmorency con un acta de abdicación. Francia entera se conmovió ante aquella manifestación de lealtad regia. Como Carlos V no cedía un ápice, Francisco I se sometió y firmó el 14 de Enero de 1526 el tratado de Madrid, entregando á Borgoña por su rescate. Pero protestó anticipadamente contra la violencia que se le hacía, y aunque después de regresar á su reino debía entregar á sus dos hijos como rehenes y garantía del tratado, hallábase resuelto á no cumplir su palabra. Esta protesta tácita del monarca fué refrendada por los diputados de Borgoña, que en la Asamblea de los notables del reino, celebrada en Cognac en presencia de Lannoy, representante del emperador, declararon que su país estaba vinculado indiscutiblemente á la corona (Mayo de 1526). El tratado de Madrid no tuvo siquiera el valor de una tregua, porque en ausencia de Francisco I, Luisa de Saboya lo preparó todo para continuar la guerra.

LIGA DE COGNAC.—Francia no podía aspirar ya á la preponderancia en Europa, pero esto venía á constituir su principal

ventaja. Así como Enrique VIII no tenía motivos para sentir celos de Francisco I, los italianos tampoco los tenían para temerle, sino más bien para invocar su auxilio.

El 22 de Mayo de 1526, los príncipes y los pequeños Estados de la Península, tiranizados por los ejércitos victoriosos de Carlos V, firmaron una liga para libertar á Italia. El papa, considerando aquella alianza como su obra personal, puso bajo la protección de Francia, además de sus Estados de Florencia, á Venecia y á Sforza, cuya presencia en Milán no querían tolerar los imperiales.

Las rebeliones nacionales contra la opresión de la casa de Austria nunca se desencadenaron tan unánimemente como en 1526. En el centro de Europa, Hungría y Bohemia, expuestas á perderse también en el inmenso dominio austriaco, intentaron como Italia evitar la servidumbre. Una victoria decisiva de Solimán el Magnífico puso á Hungría y Bohemia en la alternativa del peligro turco ó del peligro alemán. El pariente más próximo del rey Luis, muerto en la batalla de Mohacs, era su ama-



El condestable Borbón

do Fernando de Austria, marido de Ana Jagellón. Los húngaros manifestaron tal aversión á un soberano alemán, que parecían dispuestos á tolerar mejor el yugo del islamismo. El embajador polaco observó que renunciaban «al traje y á los usos cristianos, y sobre todo á las costumbres alemanas.» Gran parte de Hungría se sometió á Juan Zapolya, protegido de la Sublime Puerta, que pronto se alió con Francia.

En Bohemia, Francisco I opuso la candidatura del duque de Baviera á la de Fernando. Cuando éste fué proclamado rey en la dieta de Praga, el monarca francés esforzóse por decidir á los príncipes alemanes porque confirieran al Bávaro el título de Rey de los Romanos que Carlos V destinaba á su hermano. Una liga, pactada por veinte años, unió al rey de Francia, á Zapolya y á la casa de Baviera.

Aunque la diplomacia de Francia extendía su influencia por todas partes, su ac-

ción militar era muy limitada. El rey y Montmorency, su consejero más autorizado en la dirección de la guerra, contemporizaron durante todo el año 1526, que habría podido ser decisivo. No obstante, la ventaja era segura en Italia. El rey de Francia era dueño del mar, porque las galeras francesas, reforzadas por las de Venecia, hallábanse bajo el mando de Andrés Doria, el gran marino genovés, que había consentido en servir al papa. Clemente VII puso también á disposición de Francisco I las *Compañías negras* de Juan de Médicis y el talento diplomático de Guicciardini. Por toda la Península resonaba el grito de ¡*Mueran los españoles!*

Francisco I había debido aprovecharse inmediatamente de las buenas disposiciones de los italianos. Únicamente cabe disculpar sus aplazamientos por la característica lentitud de Carlos V, que se entretenía en recriminaciones sobre la violación del tratado de Madrid y la deslealtad de su adversario. Adelantándose al emperador y al rey de Francia, la desesperada temeridad de un aventurero apresuró el desenlace y quebrantó la resistencia de Italia.

Borbón, habiendo perdido toda esperanza de recobrar sus bienes y honores en Francia, y desconfiando de obtener una corona de la generosidad de Carlos V, resolvió conquistarse personalmente un lugar entre los soberanos de Europa. Tomó por asalto á Milán, donde capituló Maximiliano Sforza, y después trajo de Alemania á los lansquenets acaudillados por el famoso capitán lute-

rano Frondsberg, avanzando en seguida contra Roma (Mayo de 1527).

La Ciudad Eterna fué tomada y saqueada. El papa, sitiado en el Castillo de



Museo de Cluny.—Salón llamado de Francisco I, con muebles de la época

Sant-Angelo, no tardó en rendirse á los enviados del emperador. La muerte de Borbón hizo recaer sobre Carlos V toda la responsabilidad de aquella odiosa jornada. «Las piedras de la cristiandad se levantan contra Vuestra Majestad», le escribía el capitán español encargado de la guardia del papa. También los italianos lamentáronse, no sin razón, de la culpable pasividad de Francisco I.

Entonces los reyes de Francia é Inglaterra estrecharon su alianza, mostrándose celosísimos de la libertad del papa, pero Italia aguardó todavía cerca de un año el auxilio prometido. Carlos V censuró una vez más á Francisco I su deslealtad, y el monarca francés preguntó irónicamente cómo había podido ser prisionero del emperador, «pues no le he visto ni le he encontrado—decía el rey—en ninguna de las guerras en que he intervenido». Ante esta burla, Carlos le envió con un heraldo un cartel de desafío, ofreciendo terminar la guerra europea con un duelo caballeresco. Francisco ni siquiera permitió al heraldo que leyera el mensaje ante la corte (Septiembre de 1528).

De nuevo cambió en Italia la suerte de la guerra. Un ejército francés, mandado por Lautrec, había devuelto á Francisco I la soberanía de Génova, y dejando á un lado la ciudad de Milán para libertar á Roma (Febrero de 1528), persiguió á las turbas de Borbón hasta Nápoles. Los imperiales, que opusieron en esta ciudad una resistencia



Estribo perteneciente á Francisco I (Museo de Cluny)



Francisco I (Según un grabado antiguo)

vigorosa, viéronse bloqueados por la escuadra de Andrés Doria, pero ésta desapareció, dejando el mar libre á los refuerzos que forzosamente tenían que llegar de España (Julio de 1528). El perjuicio causado al puerto de Génova por Francisco I, que favorecía imprudentemente á la cercana ciudad de Savona, causó esta rectificación de la campaña. El genovés Andrés Doria abandonó el sitio de Nápoles para libertar á su patria del dominio francés y para alistarse bajo las banderas de Carlos V. A partir de aquí, los franceses debían perder toda esperanza de sostenerse en el reino de Nápoles; Lautrec se batía en retirada cuando murió del contagio que pronto diezmo á su ejército. El conde de Saint-Pol, enviado con refuerzos para recoger los restos del ejército de Lautrec, fué vencido en Landriano por las tropas imperiales del Milanesado (21 de Junio de 1529). No obstante, Francisco I, desde su cautiverio, no se acercaba á los campos de batalla. Pasaba el tiempo cazando, y «de día en día sentíase más robusto», según le escribía á Montmorency. Los embajadores de Florencia apenas conseguían verle en sus cacerías para hacerle presente los apuros de Italia y suplicarle que la socorriera. El rey se zafaba de aquellos importunos pedigüños con calurosas promesas, precisamente

cuando iba á firmarse la paz mediante la total evacuación de Italia por los franceses.

PAZ DE CAMBRAY.—Gracias á los triunfos de los turcos, Francia no pagó caro el improvisor egoísmo de su rey. Mientras Carlos V vencía en Italia, el sultán avanzaba con 120.000 hombres á través de Hungría, aprestándose á sitiar á Viena. Ya se imponía al emperador la cruzada que desde la batalla de Pavía prometiera á la cristiandad. Tanto le urgía la pacificación de Occidente. Á la par que sometía á la aceptación del papa el tratado de Barcelona, su tía Margarita de Borgoña, gobernadora de los Países Bajos, discutía en Cambray con Luisa de Saboya los artículos de una paz ventajosa para la casa de Austria y para Francia. Á pesar de algunas amenazas de ruptura, las negociaciones se llevaron rápidamente, y el 3 de Agosto de 1529 las dos princesas firmaban la «paz de las Damas». Francia conservaba á Borgoña, pero sacrificaba en el Norte la plaza de Hesdin, renunciando á todo derecho de soberanía sobre Artois y Flandes, y especialmente sobre Lila y Douai, que cedía para siempre. Los dos hijos mayores del rey, que estaban como rehenes en España, fuéronle devueltos mediante el pago de dos millones de escudos de oro, y Francisco I, viudo de Claudia de Francia, debía contraer segundas nupcias, como ya se había estipulado en el tratado de Madrid, con la princesa Leonor, hermana de su adversario.

CORONACIÓN DE CARLOS V EN BOLONIA.—Respecto á Italia, el rey de Francia tuvo que renunciar al título de duque de Milán y á la posesión de las escasas plazas donde quedaba guarnición francesa. Carlos V dispuso de la Península como de país conquistado. Por fin podía emprender, como señor, aquel viaje de la coronación que, según la tradición, consagraba á los emperadores. Verdaderamente rey de Italia recibió dos coronas de manos del papa Cle-

Firma de Francisco I

mente VII en Bolonia (22-24 de Febrero de 1530). Recompensó al Sumo Pontífice restableciendo en Florencia—de la cual, tras largo sitio, se apoderaron sus tropas—la soberanía de la casa de Médicis, representada por un bastardo, el duque Alejandro, y consintió en restaurar á Sforza en el ducado de Milán. Los príncipes italianos quedaron reducidos á gobernadores imperiales en sus Estados.

Carlos V, entretanto que le fué disputada la posesión de Italia, no se acordó de Alemania. Atento únicamente á la partida que se jugaba frente á los muros de Pavía, permitió en 1525 que la reforma religiosa degenerara en un espantoso levantamiento popular contra la sociedad y la civilización. El motín de los aldeanos, desdeñado por el emperador, cubrió de ruinas á la Alemania del Sur. En 1530, resuelto á completar la pacificación política con la religiosa, pasó los Alpes y convocó á los Electores y á los príncipes alemanes á la dieta de Augsburgo. Cuando dictó la clausura de la dieta (Noviembre del mismo año) no pudo ocultársele que la esperanza de una reconciliación entre los cristianos era todavía muy remota, y que en medio de sus triunfos la resistencia de los príncipes protestantes perjudicaba enormemente á su prestigio (1).



Corte de Francisco I (De una acuarela de la época)

III.—Últimas luchas de Francisco I

LAS ALIANZAS DE FRANCISCO I.—Á pesar de sus ciegas ambiciones, ambos príncipes renunciaron en el tratado de Cambray á reclamar sus herencias. Además, Carlos cedió á Borgoña, y su actuación tan comprometida en Alemania era un elocuente testimonio de su sinceridad. También Francisco I había abandonado sus pretensiones sobre el Milanesado, y la decadencia militar de su reino era la garantía más segura de sus promesas. Pero el rey de Francia, aun conociendo la inferioridad de sus fuerzas, no podía olvidar en absoluto su dominio preferido. La conquista del Milanesado fué su único objeto mientras tuvo la supremacía militar. Después de la derrota perseguiría el mismo fin por medio de la política.

Francisco I, creyendo aún que la alianza con Inglaterra era la que le convenía más, hizo grandes sacrificios para sostener la liga de Cognac. El deseo de repudiar á su primera mujer dominaba cada vez más la política de Enrique VIII. Francisco I hizo suyos «los asuntos de su buen hermano», y sometió á la Sorbona el examen de los escrúpulos de Enrique VIII sobre su unión con Catalina de Aragón, é indudablemente procuró á todo trance obtener un veredicto favorable. Por fin, el acuerdo pareció inquebrantable después de la entrevista de Octubre de 1532, en la cual, bajo pretexto

(1) Respecto á la Reforma alemana, véase el cap. X.